

Félix Ardanaz, piano

Las imágenes y los poemas han sido una fuente de inspiración capital en el ámbito de la llamada música programática pianística. Este recital propone tres obras magnas especialmente descriptivas: las tres piezas de *Gaspard de la Nuit* de Ravel, basadas en los poemas de Aloysius Bertrand; el emblemático *Mephisto Waltz No. 1* de Liszt, inspirado en el poema de Lenau y en el mito de Fausto y, por otra parte, *El Corpus en Sevilla* de Albéniz, que pinta el ambiente de esta procesión sevillana. A modo de intermezzos, se intercalan cuatro piezas contemporáneas compuestas por Erkoreka y George Crumb, especialmente pictóricas y evocadoras. El recital finaliza con una pieza compuesta por Félix Ardanaz de nueva creación.

GABRIEL ERKOREKA (1969)

Nubes

MAURICE RAVEL (1875-1937)

Gaspard de la Nuit
Ondine • *Le Gibet* • *Scarbo*

GEORGE CRUMB (1929)

Makrokosmos II
Agnus Dei

FRANZ LISZT (1811-1886)

Mephisto Waltz N° 1

GEORGE CRUMB

Makrokosmos II
Ghost – nocturne, for the druids of Stonehenge

ISAAC ALBÉNIZ (1860-1909)

El Corpus en Sevilla (Suite Iberia)

GEORGE CRUMB

Makrokosmos II
Tora! Tora! Tora! (Cadenza Apocalittica)

FÉLIX ARDANAZ

Hommage à Wagner

27 DE OCTUBRE DE 2014. 20.30 HORAS

Félix Ardanaz

Natural de San Sebastián, Félix Ardanaz inicia sus estudios con Elvira Guarás y Begoña Axpe, continuando en el Centro Superior de Música del País Vasco (Musikene) en la modalidad de piano con Gustavo Díaz-Jerez y en dirección de orquesta con Enrique García-Asensio y Manel Valdivieso. A sus 25 años de edad, se ha convertido en una referencia de la nueva generación musical española. En mayo de 2014, obtiene el primer premio en el concurso internacional Brashaw and Buono de Nueva York y ofrece un recital en la mítica sala de Carnegie Hall de esa ciudad. En julio de 2013, recibe por decisión unánime el primer premio y el premio del público en el Gran Concurso Internacional de Piano de Francia. En los años anteriores, consigue del mismo modo un buen número de primeros premios en concursos internacionales: París-Ile de France (primer premio por unanimidad en 2011 y 2012), Barcelona-Eugènia Verdet, Gran Premio de Roma (con puntuación final de 99 sobre 100) y Val Tidone. Su recital de piano en el Palau de la Música, le valió el prestigioso Premio de la Crítica en noviembre de 2012.

Ha trabajado como solista y director con un buen número de orquestas sinfónicas españolas y ha ofrecido recitales en muchos países europeos y en Estados Unidos. En noviembre del 2007, graba para el sello discográfico de Musikene la obra *Rhapsodie Basque pour piano et orchestre*, estreno del compositor Charles Bordes inspirada en temas populares del folklore vasco, bajo la batuta de José Luis Estellés. Posteriormente, a los 19 años de edad, graba con el sello discográfico Verso su primer disco en solitario (un recopilatorio de algunas de las obras más célebres del repertorio pianístico de todos los estilos titulado *Himno a la luz*). En breve, dos nuevos proyectos discográficos ya grabados verán la luz, distribuidos a través del sello Orpheus: un monográfico de Franz Liszt y otro proyecto dedicado a la escuela clavecinística francesa.



PRÓXIMO CONCIERTO

Vicente Ariño, piano • Ángel García Suárez, narrador

3 de noviembre de 2014

RESERVA DE ENTRADAS ONLINE EN WWW.FUNDACIONBOTIN.ORG
Se ruega puntualidad. Sólo se garantiza la reserva hasta cinco minutos antes del concierto
No está permitida la entrada y salida de la sala durante los conciertos



PEDRUECA, I. SANTANDER • WWW.FUNDACIONBOTIN.ORG

Félix Ardanaz, piano

27 DE OCTUBRE DE 2014. 20.30 HORAS



M Ú S I C A



Notas al programa

ESTAMPAS DE UN VIRTUOSISMO APOCALÍPTICO

El majestuoso ceremonial del concierto de salón romántico, sobrio por la presencia del artista y su instrumento, frente a frente, teñidos de un negro solemne, casi sacerdotal, ha avivado la fascinación de los públicos, damiselas y burgueses del ayer y del hoy. Si unimos a este ritual, el auge constructivo de sus pomposas salas, cada vez más amplias, y de los pianos, cada vez más ágiles y poderosos, concebiremos el contexto febril que animó a los compositores que conforman este programa... y, también, el caballo de batalla, o tortura según el caso, de sus absortos y atormentados intérpretes, mediadores en un arte que exige de preparación y recursos cada vez más excepcionales. En música todo es *memoria*. Una representación sonora en el tiempo de la sensación del tiempo misma, del ahora, “lo presente... que ya no es” pero que en tanto fue, y ha provocado una profunda huella emocional en mí y para mí, lo es también en sí, en todo lugar y por siempre: *fenomenología* pura, con perdón. Un arte supremo y, a la vez, trágico e inverosímil, en un periodo contradictorio, el del *romanticismo*, donde las vanguardias de inclinación *nietzscheana* “mataban

a Dios”, mientras urdían pactos con el diablo: una deidad por la otra. En este clima desquiciado, el *virtuosismo*, el épico *virtuosismo* del ejecutante, surge como una suerte de disciplina y redención. En la actualidad, una noción algo más desdibujada de este *virtuosismo* subyace como fundamento último y atractivo, algo menos morboso eso sí, del acto de concierto. No digamos ya del recital solista, epopeya máxima de un artista desamparado frente a instrumento, público y tradición. En nuestra cultura, visual cuando no virtual o digital, pero en otro sentido, el piano ha sido relativamente destronado, olvidado junto al arpa en algún otro rincón polvoriento de la estancia *becqueriana*. Del resto de instrumentos, ni hablamos... ¿En qué se ha convertido entonces aquel *virtuosismo* original? ¿Se trata de un alarde de facultades físicas o mentales, de un dominio circense o, más bien, científico, de un desvarío quijotesco, una pose o una vana pretensión de antaño? Más allá de su íntima apreciación psicológica y su correlato sentimental, ¿se esconde, disimulada, algún otro tipo de intencionalidad? Al margen de estas y otras controversias que se nos pudieran ocurrir, hoy se dan cita en esta velada estampas ejemplares de este genuino *virtuosismo*, resultado de una

creatividad musical desbordante de ingenio y fantasía. Un *virtuosismo* que parte de unas partituras innovadoras y enigmáticas, para alcanzar técnicas de interpretación pianística tan vistosas y desconcertantes como lo pudieron ser en el momento de su concepción. Magnífica velada pues, y por múltiples motivos. Por los imponentes requerimientos del repertorio seleccionado, en primer lugar. Un repertorio exigente, exigentísimo como podrán apreciar en breve, si es que no se han dejado oír ya las *Nubes* resonantes y espaciosas que propone el laureado compositor bilbaíno Gabriel Erkoreka. Porque, prepárense, o como se suele arengar “¡agárrense a la butaca!”, que en el programa que van a escuchar todo va a ser abrumador. Un proceso implacable en el que se sucederán, sin respiro, obras que fueron *tour de force* del teclado en su día y que lo siguen siendo hoy. En lo más alto, un Liszt enfático, colérico y poseído en sus *Valses Mefisto*, representados aquí por el más emblemático de ellos, el *Primero* según un episodio del *Fausto* de Nikolaus Lenau. Cuando repara uno en tal despliegue de facultades sobre el teclado, cuesta creer que la primera versión de este “vals”, o lo que sea que dancen estos entes del maligno, fuera puramente orquestal. Horrendos martilleos, arrebatos y treguas

engañosas nos conducirán sin apenas darnos cuenta, a la cúspide de esta carrera frenética de agilidades e intrínquilis de digitación: *Gaspard de la nuit*. Estructurado en forma de tríptico con un oscuro trasunto poético de Aloysius Bertrand, fue el testimonio, “*lo mejor de mí*” [M.R.], del vasco francés de Ciboure, cosmopolita, “*apache*” y, a ratos, también pianista: Maurice Ravel. Aunque paródico por pretensión y sobre armonías más turbias, este bruñido diamante del piano, autoproclamado el “*Islamey* del siglo XX”, resulta tan deslumbrante como pudo serlo su modelo. Exhaustos ya tras *Ondine* y *Le Gibet*, su tramo final, *Scarbo* difícilmente oculta esta abultada ambición, tan presuntuosa como “diabélica”: endiablada y babélica. Entre tanta infernal algarabía, Albéniz... ¡pero qué Albéniz! De todos los perfiles que nos ofrece, desde el folclórico españolista al wagneriano, escucharemos hoy, como no podría ser de otra forma, el de factura más *lisztiana*. Una paráfrasis puesta al día de aquel estilo decimonónico del que nuestro buen Isaac se pregonó, sin tapujos, discípulo directo, en su discutidísimo material epistolar y biográfico, presuntamente fabulado. Al decir de Messiaen, un Albéniz, el de toda su suite *Iberia*, técnicamente aventajado y trascendente –que de esto

sabe un rato el francés–. Su *Corpus Christi en Sevilla* cabalgará pronto a lomos de un corcel desbocado por las tesituras extremas del teclado, precisando de una notación más holgada, en tres pentagramas. Si no fuera por su contexto, se podría pensar que caricaturiza la afectación piadosa de corte andalucista con una chocante elección, no se sabe si procesional, pero festiva y grotesca, del “tarareado” a la par que “indeciso” tema popular propuesto. Un tema infantil de querencia *lorquiana*, conocido por todos: “*La Tarara*”... ¿“*sí o no*”, en qué quedamos? Porque sí, magnífica es esta velada como dijimos, pero no sólo por sus obvios imperativos técnicos, sino más aún por su estudiada disposición, ajustada con inapelable consistencia. Una disposición valiente, con páginas sucesivas antagónicas y, mágicamente, complementarias. Una suerte de trenzado que no dejará indiferente a nadie. Si nos abstraemos de los prejuicios acerca de esto o de aquello, si esto es del siglo XIX y aquello del XXI, si de este u otro “*ismo*”, podremos disfrutar de su furibundo poder hipnótico. Así, al margen de toda inútil erudición estética, de todo tiempo y lugar, favoreceremos el despliegue personal de la ofrenda con que culminará este recital; un homenaje a otro dios musical

romántico, un dios demasiado humano: Richard Wagner. Será el remate de este discurso musical en torno a la paradoja de la introspección ensimismada frente al extrovertido arrebatado pasional del artista, en un periodo fecundo, irredento y prorrogado por décadas. Un periodo, el *romanticismo*, del que todavía no nos hemos abstraído del todo. Los Ravel y Albéniz citados, incluso los *cúmulos* rumorosos de Erkoreka, todo y todos se cobijarán aquí bajo el manto generoso de aquel músico húngaro y germánico, santo y pecador: Franz Liszt. Una figura integral de intérprete y de creador que, en su tramo de vida más desenfundado, sucumbiera con no menor entrega a aquella sugestión satánica, *alla Paganini*, tan en boga. Obras pues, todas las que conforman este programa, virulentas y apocalípticas, pero que lo serán ya, en toda la extensión de la palabra, con las miniaturas situadas entre tanto: *Agnus Dei, Tora! Tora! Tora!* o el misterioso *Nocturno por los druidas de Stonehenge*. ¡Qué decir de estos interludios articulados entre las piezas de bravura consagradas! A modo de breves y correosos paseos por las galerías de una exposición de pintura, más bien tenebrista, parecen parafrasear la conocida obra orquestada por Ravel.

Unas páginas simbólicas de pretexto astrológico y riguroso ordenamiento *zodiacal*, entresacadas del *Segundo cuaderno* del *Makrokosmos* de un genial artista norteamericano, George Crumb. Modernidad desmitificadora que nos remite, al menos por título, a aquel *Mikrokosmos* de otro grande de la composición, pianista y pedagogo, comprometido ideológicamente en momentos críticos y beligerantes: Béla Bartók. Con rótulos controvertidos pero lúcidos, estas joyas de Crumb revelan una expansiva expresividad gestual consecuencia de su grafía visionaria, paradigmática en el empleo de los planteamientos poéticos de los *Caligramas* de Apollinaire. Su tenaz exploración tímbrica apela a insertos vocales a modo de clímax y puntuación, junto a hallazgos retóricos provocadores. Una suerte de indagación, casi psicoanalítica, de las interrelaciones “partitura-música”, “piano-voz”, “creador-ejecutante-público”... a vueltas con la eterna búsqueda de un *arte*, y de un *músico, totales*. Hoy ejercerán un singular rol cohesivo, reinterpretando en claves esotérica y levemente humorística, los frescos demoníacos a los que acompañan, y que descifraremos conjuntamente en yo qué sé qué hemisferio o circunvolución cerebrales. El *Hommage à Wagner*, desenlace de

este recital recreado por el propio intérprete, incide en aquel ideal de *totalidad*. Todo ya en manos de su autor; de su autor e intérprete, excepcionales ambos y uno: Félix Ardanaz. Un ideal ubicuo y romántico donde los haya, de difícil asunción en la agostada carrera de especialización, análisis y microscopía que heredamos del conflictivo siglo pasado. En una modernidad que se muestra indiferente, o temerosa, ante sus propias raíces, el “*fin de la historia*” y otras intrigas, habría que gritar, no tanto aquel exabrupto *nietzscheano*, que ya no cala: “*¡Dios ha muerto!*”, sino algo quizás más inquietante para un espíritu rebelde e incendiario: “*Mefisto ¿has muerto, también?*”. Si no es así, ya hemos visto que “*a rey muerto, rey puesto*”, o siguiendo el latiguillo popular, también *lorquiano*, que “*bisscho malo...*”, si no “*nunca...*”, al menos hoy por hoy “*... no muere*”.

Luis Mazorra Incera